

Artillería

La guerra financiera: recurso terrorista imperialista

En lo interno inhibió al estadounidense ante un ambiente de exaltación y nerviosismo patriotero y en lo externo produjo leyes con carácter punitivas con miras a intimidar y agredir a los gobiernos no ajustados a los lineamientos del sistema imperial estadounidense. Con un decreto ejecutivo de George Bush, el secretario del Tesoro quedó facultado para aplicar esa medida coercitiva y unilateral contra algún gobierno o entidad que no obedeciera las órdenes de los Estados Unidos. Correo del Orinoco, el Instituto de Altos Estudios Diplomáticos Pedro Gual (laedpg) y el Centro Nacional de Historia recuerdan la caída de las Torres Gemelas, hecho al cual el sistema de poder del imperialismo capitalista hubo de sacarle provecho, haciendo del terrorismo (real o ficticio) su nuevo enemigo estratégico.

E/ Cortesía

Suplemento del
CORREO DEL ORINOCO

Lunes 14 de septiembre de 2020 • Nº 481 • Año 9 • Caracas

El enemigo estratégico

T/ Omar Galíndez C.
F/ Cortesía

Una característica intrínseca y, muy particular, de la sociedad estadounidense presente desde el poblamiento como colonos ingleses en Norteamérica es la idea del enemigo. Así, la aversión a los aborígenes y el consiguiente rechazo que se tradujo en una feroz masacre contra los pueblos originarios, es un primer expediente. Luego, la repulsión a los negros traídos como esclavos – valorados en mercancía y fuerza de trabajo- estigmatizados como portadores de mala entraña y seres inferiores, granjeó su antipatía y segregación. Se convirtieron en sus enemigos iniciales.

A ello se asocia el miedo internalizado tempranamente en esa sociedad que el protestantismo en sus diversos matices se encargó de intoxicar con un fanatismo alienante y aberraciones psicóticas que se proyectan hasta hoy en los eventos comunes de la cotidianidad. Pero con la Guerra Fría, todo el sedimento ideológico heredado del Ku Klux Klan contra afrodescendientes y las nuevas generaciones del tiempo de postguerra, fueron movilizados ideológicamente con el Macartismo – ideología anticomunista—haciendo de éstas fuentes de odio y motivos políticos en la construcción de enemigos; el miedo devino en un factor de movilización política.

La política anticomunista se convierte, a partir de entonces, en una pieza estratégica para armar una plataforma política. Enemigos sucesivos fueron: ora el nazi-fascismo de Hitler y Mussolini, ora el imperio japonés (enemigo amarillo) o, finalmente, el comunismo (el enemigo rojo), el elemento preponderante en la ideología política de los partidos demócratas y republicanos, entre otros.

EL NUEVO ENEMIGO

Con el desmembramiento de la Unión Soviética y el bloque socialista, entramos a un nuevo escenario geopolítico, inaugurándose, de hecho, con los eventos del 11 de septiembre del 2001 y el ataque a las Torres Gemelas –World Trade Center, ícono del poder financiero mundial-, al Pentágono –centro del poder mili-



tar de EE.UU., una nueva fase de atentados contra Estados Unidos. Al cual el sistema de poder del imperialismo capitalista hubo de sacarle provecho, haciendo del terrorismo su nuevo enemigo estratégico. Lo cual va acompañado de un cambio en la concepción de la guerra y la entrada en vigencia de un período que llaman en sus teorías militaristas la Guerra Global Permanente.

La noción del terrorismo lo asimilan desde la administración de Ronald Reagan como elemento estratégico en la lucha anticomunista, asociándolos como factor de hostigamiento a la seguridad nacional. Desde la Casa Blanca, las insistencias y presiones a la CIA, para ampliar la redefinición de terrorismo a “todos los actos de violencia dirigidos a re-

“... Todos los revolucionarios son terroristas, a menos que sean anticomunistas”

Alexander Haig /Secretario de Estado de Ronald Reagan

percutir en una audiencia mayor que las víctimas de la violencia”. Y en ese período se describió a Moscú como el cerebro del terrorismo mundial. Desparecida la Unión Soviética y con el ataque del 11 de

septiembre, éste brindó la oportunidad al gobierno de George W. Bush para hacer del terrorismo un enemigo indefinido y ubicuo, con un amplio espectro de ataques y acciones desestabilizadoras contra la seguridad nacional y la integridad de las personas. Lo que va a permitir al procurador John Ashcroft presionar al Congreso con argumentos alarmistas sobre la vulnerabilidad de Estados Unidos y la eventualidad de nuevos ataques con armas de destrucción masiva; todo ello, para solicitar, con la mayor celeridad, un paquete legislativo que diera carta blanca a los agentes federales -- policiales y de inteligencia-- para actuar al margen del control de los jueces; así como proveer a los fiscales federales de potestad para solicitar sentencias de pri-

son perpetua a causas menores contra el orden público. Ello implicó de hecho la suspensión de derechos fundamentales de protección a las personas y bienes, que quedaron congelados. Un Estado de excepción expresado en las competencias recogidas en la Patriot Act., muy distantes de los principios democráticos que dicen defender sus gobernantes.

El paquete legislativo que surge de aquella “cruzada contra el terrorismo”, como la llamó el presidente Bush en su característico delirio antiterrorista, argumentaba que su fin era combatir los enemigos internos y externos contra la seguridad de los estadounidenses y dar mayor beligerancia y discrecionalidad a los organismos federales para actuar obviando el consentimiento de los fiscales y del poder judicial, pues, si un funcionario federal no se ajustaba a lo indicado por la Ley Patriota corría el riesgo de acusarse de complicidad o encubrimiento al terrorismo.

TERRORISMO A LA CARTA

Así, la acusación de actos terroristas permitió caracterizar una diversidad de eventos: protestas y manifestaciones internas, publicaciones, denuncias, declaraciones, opiniones y críticas a las ejecutorias del gobierno, entre otras, calificados “terrorismo a la carta” por el rango de acciones proclives al terrorismo. Ello inhibió al estadounidense ante un ambiente de exaltación y nerviosismo patrioter. Así fue concebido por los organismos de inteligencia que extremaron la categorización de terrorismo en forma realmente exagerada, haciendo terrorista a un dilatado menú ajustado a las decisiones del gobierno federal.

En el plano externo, el control sobre los objetivos políticos del gobierno imperial produjo leyes con carácter punitivas con miras a intimidar y agredir a los gobiernos no ajustados a los lineamientos del sistema imperial estadounidense. George W. Bush encontró con sus asesores la oportunidad para establecer un sistema de microcontrol de las instituciones financieras internacionales: El 24 de septiembre, firmó un decreto ejecutivo que facultaba a autorizar la congelación de los activos de 27 entidades y prohibía las transacciones de Estados Unidos con esas entidades de países que consideraba incursos en actividades terroristas o colaboraba con ellos. El secretario del Tesoro quedaba facultado para aplicar esa medida coercitiva y unilateral contra algún gobierno o entidad que no obedeciera las órdenes de los Estados Unidos.

Surge así la guerra financiera como arma terrorista del imperialismo para combatir las supuestas amenazas del terrorismo. Se comprende porque la negativa de Estados Unidos en Naciones Unidas a incluir el calificativo de Estado terrorista a aquellos que incurren en estas acciones. ☘

El 11-S: develando sus causas

“No trates de doblar la cuchara, eso es imposible. En vez de eso, trata sólo de darte cuenta de la verdad. No existe tal cuchara. Entonces verás que no es la cuchara la que se dobla, sino que eres tú”.

Película Matrix

T/ Franklin González
I y F/ Cortesía

El 11/09/2020 se cumplió uno año más de los sucesos acaecidos en Estados Unidos en el año 2001. Recordamos que aquella mañana bajo la “ética” de la “libertad negativa” y el “derecho a la información”, los televidentes de todo el mundo, pudimos observar, impávidos e impactados, que las Torres Gemelas, el símbolo del capitalismo, la globalización y el poder financiero mundial, se desvanecían como un castillo de naipes.

De inmediato en todos los rincones del mundo se levantaron las voces y los sentimientos de solidaridad con el pueblo estadounidense y el rechazo y condena ante los autores de esa “realidad-horror”, que está bien analizada por la escritora Michela Marzano en el texto La muerte como espectáculo (2011).

Ese martes siempre será recordado, por el pueblo de ese país, como una de las jornadas más escalofrantes de la historia de Estados Unidos, quizás comparable con el ataque japonés a Pearl Harbor y la derrota infringida por los patriotas vietnamitas a las tropas invasoras gringas.

Lo cierto de todo es que sobre esos sucesos se han escrito cualquier cantidad de libros, ensayos y artículos y se han proyectado documentales y películas al respecto.

HABLAN LOS HECHOS

El gobierno de EEUU se refirió a atentados terroristas por parte de Al Qaeda, que mediante el secuestro de cuatro aviones comerciales impactaron y destruyeron todo el complejo de edificios de World Trade Center, produjeron graves daños en el edificio del Pentágono y también tuvieron como objetivo el Capitolio de ese país. Esos ataques causaron la muerte de 2.996 personas, incluidos los terroristas, y otra cantidad de afectados.

Sin embargo, el 12/09/2019, en informe hecho público, los bomberos de Nueva York declararon como “incuestionable” que la destrucción de las tres torres del World Trade Center el 11/09/2001 no fue sólo consecuencia de los impactos de aviones y los incendios, sino que fueron derribados mediante explosivos.

Los comisionados de los bomberos de Franklin Square y el distrito de Mun-



son, cerca de Queens, en Nueva York, adoptaron unánimemente una resolución en junio/2020 que pide una nueva investigación sobre todos los aspectos del 11/09 y citan las “pruebas abrumadoras” de la presencia de explosivos en las tres torres antes de ese día.

Por su parte, el comisionado Christopher Gioia, que ha dedicado su tiempo a investigar el aparentemente inexplicable derrumbe de la World Trade Center 7, ha asegurado que “Fue un asesinato en masa” y que “Tres mil personas fueron asesinadas a sangre fría”.

“No vamos a dejar a nuestros hermanos atrás”, dijo Gioia. “No los olvidamos. Ellos merecen justicia y nosotros lucharemos por ella”.

Y remató con estas palabras: “Yo les diría a todos los que creen en este país que es hora de tomar una posición; no pueden dejar pasar esto”.

“Porque si son capaces de matar a 3000 personas, ¿qué van a hacer ahora?”.

LA PASTILLA ROJA

En la película Matrix, Morfeo al dirigirse a Neo le dice: “Si tomas la pastilla azul, despertarás en tu cama y puedes creer lo que quieras. Pero si tomas la roja, seguirás en el país de las maravillas y te mostraré lo profunda que puede llegar a ser la madriguera del conejo”.

La pastilla azul en este evento lo representa las imágenes de unos aviones estrellándose y produciendo la destrucción de las tres torres del World Trade Center. Eso fue lo que mostraron, además, todos los medios de comunicación del mundo.

Eso lo avala el Instituto Nacional de Estándares y Tecnología (NIST), agencia del Departamento de Comercio de EE.UU., quien aseguró que los incendios normales de oficinas fueron responsables del hundimiento de la estructura.

Pero cuando se ausulta esa noticia y se pasa a su análisis e interpretación, esto es, cuando vamos a la realidad de lo ocurrido (la pastilla roja), encontramos algunos datos de suma importancia.

Los poderes que mandan en EE.UU., siempre han acudido a los llamados Ca-

sus belli para justificar ante el mundo su actuación y mantener su hegemonía.

Derrotado el enemigo que había representado el “campo socialista”, había que crear otro enemigo, como muy bien lo analiza Morris Berman en su folleto: “Localizar al enemigo: Mitos versus realidad en la política exterior de los Estados Unidos”.

Así que el terrorismo pasó al escenario y el 11/09/2001 será el acontecimiento conmocionante que hizo que Estados Unidos se embarcara en la lucha contra ese nuevo enemigo y por esa vía consolidar posiciones para su interés hegemónico.

De inmediato el gobierno de George W. Bush levantará la guerra global contra el terrorismo como respuesta a los ataques, alegando legítima defensa, y con el objetivo de capturar a Osama Bin Laden y acabar con la red terrorista Al Qaeda.

Y un mes después —el 7/10/2001— se justificará la invasión a Afganistán, con la operación “Justicia Infinita” y luego “Libertad Duradera”.

Diecinueve años más tarde, los objetivos de la guerra contra el terrorismo no se han cumplido. Se informó que Bin Laden fue asesinado en el 2011 en una operación de inteligencia, que dejó más dudas que aclaraciones, pero la red terrorista Al Qaeda, pese a la muerte del líder, no desapareció, a la cual se unió al Estados Islámico (ISI), ambos instrumentos de guerras asimétricas utilizados por EEUU y sus aliados en el Oriente Medio en sus planes desestabilizadores, particularmente, contra el gobierno de Bashar al Assad.

Podríamos afirmar que el 11-S es el día en que se estremeció para millones de personas la Matrix de la realidad y se atisbó la existencia de una agenda oculta de control mental masivo. El libro Nadie vio Matrix de Walter Graziano, es bastante explícito al respecto.

De allí que distintos analistas insistan mucho en la teoría de la conspiración sobre este suceso, al sostener que en realidad fue planeado desde adentro. ☘





A casi veinte años de la tragedia

El mundo entero reclama la verdad

El gran misterio persiste en el vacío y aguarda por una verdad que deambula a sotto voce.

Anónimo

T/ Nelson Rodríguez A.
F/ Cortesía

Más de 6 mil personas perdieron la vida mientras que una cifra similar sufrió heridas considerables por los embates del suceso. Aún persiste la duda acerca del por qué les tocó a ellas ser partes de un ajeno acontecimiento que distancia al hombre de su esencia misma. A casi dos décadas continúan las búsquedas de una respuesta y su consecuente resolución jurídica de un hecho insólito que involucró tantas personas a la vez y que por su originalidad estremeció al mundo.

Como un juego de naipes se veía en las pantallas de televisión a escala mundial, en horas de la mañana del 11 de septiembre de 2001, la forma como esas dos maravillas iconos de la arquitectura contemporánea, una de 400 y otra de 117 pisos fueron esparramándose hasta desaparecer en una inmensa polvareda que la tierra y el viento se encargaron de borrar.

Ese 11 de septiembre, hace diecinueve años, inició la mañana para los estadounidenses con tenebrosas imágenes televisadas, en vivo y en directo, en las cuales se veía a un avión comercial de American Airlines y luego a otro de Unite Airlines incrustarse, cual nubes, en las paredes exteriores de las moles de rascacielos, símbolos del World Trade Center de Nueva York, en el corazón de Manhattan.

La noticia fue extendiendo a lo largo y ancho del Globo, con sus respectivas in-

terrogantes e inferencias. Así comenzó todo. Era presidente George W Bush.

Todo fue especulación imaginativa hasta ahora cuando a dos décadas de esta diabólica tragedia que cundió de dolor y luto a millares de familias, dentro y fuera de Estados Unidos, reclaman de nuevo una respuesta que aclare la verdad de tales acontecimientos. Poco a poco las páginas de los legados investigativos han ido tomando un color amarillento propio del tiempo. Pero como no hay crimen difuminado en los abisales de la desidia, es justo pensar que alguna de las generaciones futuras alcanzará la verdad que hoy se oculta. El hecho está allí. Y no se borra con la limpieza de los escombros y la siembra de cinco rascacielos en el lugar donde estaban las Torres Gemelas diseñadas por el arquitecto Minoru Yamaraki.

Los analistas políticos de entonces y comentaristas de medios informativos radioeléctricos e impresos, Ipso facto, como si extrajeran la respuesta de sus oráculos, vincularon el crimen a las disputas del gobierno estadounidense con países del Medio Oriente. Entonces, como transitar por la quilla más fácil, lo atribuyeron al movimiento Al Qaeda y a la fantasmagórica figura de moda, el pakistaní Osama Ben Laden que la prensa sensacionalista internacional venía diseñando como un bandido en medio de tropelías que reflejaba al personaje perverso de la película.

Muerto el perro, desaparece la rabia, suele decir el imaginario popular venezolano cuando se borra del mapa a un personaje que por distintas razones se había convertido en atracción popular perversa. Una vez que un comando de tropas estadounidenses asesinó a Osama Bin Laden en la localidad de Abbottabad, Pakistán. Todos los temores creados alrededor de su figura se disiparon con él. Un personaje acribillado

de quien nunca más se habló y de quien a decir verdad se sabe muy poco.

En una crónica firmada por Eduardo Galeano, quien no necesita mucha presentación ante un lector latinoamericano de hoy, señala sobre este personaje llamado Osama Bin Laden lo siguiente: (...) El flagelo del mundo se llama, ahora, Osama Bin Laden. La CIA le había enseñado, todo lo que sabe en materia de terrorismo: Bin Laden, amado y armado por el gobierno de los Estados Unidos, era uno de los principales “guerreros de la libertad” contra el comunismo en Afganistán. Bush Padre ocupaba la vicepresidencia cuando el presidente Reagan dijo que estos héroes eran “el equivalente moral de los Padres Fundadores de América”. Hollywood estaba de acuerdo con la Casa Blanca. En esos tiempos, se filmó Rambo 3: los afganos musulmanes eran los buenos. Ahora son malos malísimos, en tiempos de Bush Hijo, trece años después.

En su artículo Galeano realiza entre otras las inferencias que a continuación copio: Mucho se parecen entre sí el terrorismo artesanal y el de alto nivel tecnológico, el de los fundamentalistas religiosos y el de los fundamentalistas del mercado, el de los desesperados y el de los poderosos, el de los locos sueltos y el de los profesionales de uniforme.

Todos comparten el mismo desprecio por la vida humana: los asesinos de los seis mil seiscientos ciudadanos triturados bajo los escombros de las Torres Gemelas, que se desplomaron como castillos de arena seca, y los asesinos de los doscientos mil guatemaltecos, en su mayoría indígenas, que han sido exterminados sin que jamás la tele ni los diarios del mundo les prestaran la menor atención. Ellos, los guatemaltecos, no fueron sacrificados por ningún fanático musulmán, sino por los militares terroristas que recibieron “apoyo, financiación e

inspiración” de los sucesivos gobiernos de los Estados Unidos.

Lo cierto es que nadie se atribuye la paternidad del abominable crimen perpetrado en las Torres Gemelas. En aquél entonces como ya dijimos el presidente de Estados Unidos era George W Bush, presidente número 43, prometió justicia contra los autores de tal crimen. Era hijo del también presidente, número 41, del imperio estadounidense, George Herber Walker Bush.

Recuerdo que, aún no eran las diez de la mañana cuando me trasladaba por la autopista en dirección Alexandria-Washington DC, con destino a mi lugar de trabajo. El tráfico algo congestionado que yo atribuía al embotellamiento normal por la afluencia de personas que se dirigen a sus labores cotidianas en la ciudad capital de Estados Unidos. De repente en dirección contraria en la autopista dos damas en un auto, la que conduce le hizo señas a la otra con el índice de la mano derecha para que mirase hacia el edificio del Pentágono, por cuyas adyacencias nos desplazábamos. Yo automáticamente miré hacia el sitio y percibí una humareda. A la distancia intuí que se había incendiado una estación de servicios de gasolina de Citgo que se encuentra en el lugar. Al llegar a mi trabajo en Georgetown me enteré de la voladura de las Torres Gemelas y de un supuesto avión que se había estrellado contra el Pentágono.

Tal vez por la ubicación de mi auto en la autopista, no sentí ningún ruido estrepitoso como el impacto que ha de producir un avión en marcha al estrellarse contra un objeto fijo en el suelo. Lo cierto es que por varias semanas quienes transitábamos por ese lugar requerimos de un atajo hasta tanto se arreglaban los daños en la estructura del Pentágono. 🚫